

Esbozos críticos para investigadores militantes

// Ariel Petruccelli*

Resumen:

Este trabajo intenta poner en discusión las prácticas propias del campo académico. Al parecer estas prácticas se encuentran naturalizadas, contrariamente a lo que ocurre con otras prácticas sociales abordadas por los investigadores/docentes. Esta naturalización es sintomática de las instancias de intercambio, tales como congresos y seminarios, donde la ausencia de crítica y auto-crítica es la norma.

El artículo plantea que una intelectualidad que se pretenda revolucionaria debería avanzar en una crítica radical de las instituciones académicas existentes y de sus prácticas. Debería reflexionar también sobre las posibles vías de modificación de estas estructuras y de estas prácticas, y elaborar diseños alternativos.

Palabras clave:

campo académico, prácticas académicas, investigadores militantes

* Universidad Nacional del Comahue y miembro del Colectivo Editorial El Fracaso.
Correo electrónico: arpetrus@gmail.com

■ Comencemos señalando una paradoja. Una paradoja que está allí, ante nuestras narices; que en buena medida nos constituye a todos los que en mayor o menor medida tenemos alguna pertenencia, como docentes o investigadores, con el mundo académico. Que nos atraviesa a diario y cuya cercanía y familiaridad es, precisamente, lo que dificulta verla, sopesarla, discutirla. Se trata de lo siguiente. El mundo académico se ha convertido en una potente fuerza de “desnaturalización”. En sus recintos se enseña, se argumenta, se escribe, se defiende que toda realidad es una construcción social e incluso lingüística, que nada es “natural”, que todo puede y debe ser criticado y, llegado el caso, modificado. Sin embargo, las prácticas mismas que estructuran el campo académico casi nunca son objeto de análisis, crítica o modificación. Tales prácticas son curiosamente aceptadas de la manera más “natural”. Los grandes desnaturalizadores parecemos ser, en nuestro ámbito específico, naturalmente a-críticos. Los sagaces críticos de prácticas ajenas devenimos en perfectos conservadores de nuestras propias prácticas.

El género, la clase, la raza, el estado o el mercado son objetos de deconstrucción, desustancialización y desnaturalización, mientras se aplaude a los movimientos que luchan contra esas formas de opresión. Pero las disciplinas académicas, las jerarquías profesoras, los criterios de legitimación de los saberes o las prácticas que imperan en las clases, congresos y seminarios son objeto de un piadoso silencio general, a penas roto de tanto en tanto por débiles y anómalos quejidos disidentes. El *homus* y la *mulierem academicus cursa* el posgrado como se espera, asiste regularmente a esos congresos, encuentros y coloquios que constituyen su segunda naturaleza, escribe la cantidad de papers estipulada, acepta el trabajo *ad honorem* como el precio a pagar por “pertenecer”, respeta las jerarquías burocráticas con la íntima convicción de que, con “paciencia y con saliva”, en unos lustros él o ella estará en la cima de esa cátedra en la que ahora es pinche. Y los académicos que nos hallamos vinculados a organizaciones políticas o movimientos sociales no escapamos plenamente a esta situación.

Los vínculos entre producción académica y militancia política siempre han sido problemáticos, como también lo han sido las relaciones entre conocimiento (académicamente sancionado o no) y práctica. Un viejo ideal moderno, cuya manifestación más conocida (más no exclusiva) ha

sido el marxismo, pretendía basar la práctica política en un certero conocimiento de la realidad. Pero esta aspiración fue siempre dificultosa. A principios del siglo XX se alcanzó un máximo de fusión: los grandes intelectuales marxistas eran también destacados dirigentes políticos de partidos y movimientos de masas. Y no sólo eso, todos y cada uno tenían intereses tan amplios como diversos: la ciencia y la política acaparaban su atención, pero el arte no quedaba afuera. Esto vale para Lenin, Trotsky, Mariátegui y Rosa Luxemburgo, no menos que para Hilferding, Bauer, Berstein, Justo o Kautsky. Pero esa primavera de los intelectuales duró poco. Luego de las derrotas de los años veinte se inició un proceso de escisión. En las décadas subsiguientes los intelectuales marxistas más destacados y creativos tendían a producir fuera de las organizaciones políticas partidarias o en medio de tensas relaciones con sus dirigencias. Paralelamente, los cuadros dirigentes políticos eran cada vez menos “intelectuales”: las virtudes teóricas que en su tiempo se atribuyeron a Stalin o Mao eran más producto de un espíritu de capilla que de una voluntad crítica; hoy sólo pueden mover a risa.

Como sea, a lo largo del siglo XX existió una arraigada creencia en las virtudes prácticas del conocimiento. Se creía, característicamente, que un adecuado conocimiento de la realidad o de la historia habría de orientar con certeza en la acción presente. La política debía deducirse o vincularse con la teoría. El conocimiento podía ser manipulado políticamente o ser ignorado por los políticos; pero en todo caso toda buena política, se pensaba, debía estar basada en un conocimiento adecuado y riguroso. Saber y acción podían escindirse, vivir vidas paralelas, por así decirlo; pero ello no anulaba la utilidad política del conocimiento, ya se lo concibiera en un sentido neutral (y por ende empleable por distintas fuerzas políticas) o como conocimiento teóricamente crítico: en cuyo caso cierta teoría o conocimiento se consideraba indispensable para la práctica emancipadora; los grupos oprimidos podían poseer o no dicha teoría, pero ello tenía obvias consecuencias prácticas.

En las últimas décadas, “giro lingüístico” mediante, estas representaciones se han debilitado. La retórica, más que la teoría, se dice, gobierna a la política; y no es tanto la producción de conocimiento, como la producción de sentido, lo que necesitan los movimientos políticos. Sin embargo, la crisis del antiguo optimismo epistemológico y el avance de la más re-

ciente conciencia retórica no ha entrañado ningún fortalecimiento de los vínculos entre intelectuales y política. Y esto es así allí donde se ejerce el poder estatal, como donde se milita en la oposición.

En el ámbito de las ciencias sociales el escepticismo sobre la eficacia práctica de las investigaciones entraña hondas consecuencias. Ya no está clara la utilidad social y política del saber. Paradójicamente (y es ya nuestra segunda paradoja) mientras la validez teórica de los saberes producidos por las ciencias sociales son objeto de sospecha, desconfianza, escepticismo y crítica ... cuantitativamente nunca se ha producido tanto como ahora ni hay tantos investigadores profesionales. La producción académica parece actuar en base a un imperativo categórico: debe haber producción académica. Y como todo está en discusión, como las certezas se han evaporado, como hay crisis de paradigma, paradigmas emergentes y “paradigmas otros”, cualquiera puede dedicarse a indagar lo que le plazca sin que nadie lo moleste o cuestione. La pertinencia del saber, aspecto irremediablemente problemático pero que debiera ser irrenunciablemente objeto de examen y crítica, se ha convertido en un nuevo campo sobre el que “de eso no se habla”. En nombre de la ineludible especialización proliferan tribus académicas endogámicas dedicadas a auto-reproducirse, con escasos o nulos contactos con el exterior. Y el contrato tácito entre las tribus es la no-crítica teórica. En todo caso se toleran las rencillas domésticas por cuestiones de subsidios, puntajes, y dádivas, o la disputa por pequeños territorios de poder, así como por la cooptación o reclutamiento de estudiantes promisorios para engrosar las filas de los distintos proyectos.

Los Congresos Interescuelas e Interfacultades de Historia muestran desde hace años el patetismo de un centenar largo de mesas con temáticas no sólo acotadísimas, sino integradas, por norma, por miembros que comparten lo fundamental de las perspectivas teóricas. Como se dice en la jerga, “las mesas se arman con los amigos”. Los académicos le huyen al debate franco y abierto como los espíritus al agua bendita. No puede sorprender que los debates intelectuales sean tan escasos en nuestro medio.

Hubo un tiempo heroico del saber. Diógenes viviendo en un barril pero desairando a Alejandro Magno. Giordano Bruno desafiando a la Iglesia.

Marx pasando penurias para poder decir lo que pensaba. Menochio enfrentando a los inquisidores. Madame Curie exponiéndose a las radiaciones. Un tiempo heroico que hoy puede verse cada vez con mayor rareza. El saber contemporáneo se ha burocratizado. O tiende a hacerlo. Objetos de estudio cuidadosamente recortados; experimentos de laboratorio sin riesgo; paper sin mayores signos de vitalidad en sus páginas que nacen muertas; saber sin política; ciencia sin pasión; conocimiento ignorante. Los filósofos ya no se arriesgan a plantear nuevas filosofías, sino que rumian inagotablemente sobre los sistemas filosóficos creados por sus ancestros. Los antropólogos ya no viajan a remotos países para convivir con las poblaciones estudiadas: ahora escriben sutiles obras deconstructivas...de las obras de los viejos antropólogos ... para lo cual no necesitan viajar a grandes distancias ni aprender exóticos idiomas: basta con asegurarse el correcto funcionamiento de de internet en el gabinete. Los historiadores ya no extraen conclusiones políticas de sus indagaciones, no, no, no y no... vade retro.

Los poetas, los historiadores, los científicos sociales, los literatos, todos gustan de considerarse ciudadanos de lo que llaman la “República de las Letras”. Es una República extraña, por cierto, plagada de jerarquías, gobernada por mandarines vitalicios, y dominada espiritualmente más por un elitista engrimiento personal que por un ethos igualitario de debate colectivo. Es una república, además, muy excluyente. Para reclamar derecho de ciudadanía hay que publicar (¡no basta con escribir!). “Publicas, luego existes”; ésa es su máxima. Pero la mera publicación no confiere plenos derechos al ciudadano. La ciudadanía está jerárquicamente dividida. Publicar implica meramente decir ¡hey, existo!...pero no confiere derecho a voto, ni a veto, ni siquiera entraña reconocimiento. Para ser reconocido, para poder votar y para poder vetar hace falta que se escriba y se hable sobre lo que uno escribe. No importa mucho si bien o mal. Lo importante es que se hable, que se escriba. Pero si alguien además de escribir sobre lo que uno escribe lo hace elogiosa, amistosa, simpáticamente, entonces lo debido es corresponder en términos semejantes. Tú me citas, yo te cito. Tú me elogias, yo te elogio. Estas prácticas están tan automatizadas entre los literatos como para tener la naturalidad de un saludo.

Para empezar por algún cabo, diremos que lo que domina en las instituciones universitarias no es la pasión por el conocimiento, la investigación

desinteresada, la entrega a la “verdad”, ni la necesidad vital del debate y la controversia. Más bien es al contrario, salvando las debidas excepciones. La rutina domina sobre la pasión: hay que investigar algo, porque así lo exigen las reglas y el sueldo debe ser justificado. El conocimiento es cada vez menos un fin en sí mismo, y cada vez más un medio para “hacer carrera”. Lo que debiera ser el fin se transmuta en medio, y lo que debiera ser medio se torna fin. Los debates y las controversias brillan por su ausencia: lo aconsejable es no enemistarse con aquellos que, llegado el caso, podrían poner palos en la carrera. Todo esto se ve incentivado por un inagotable número de sutiles mecanismos institucionales, algunos de los cuales se pueden describir.

Comencemos por la jerarquía. Porque inexplicablemente, en la república universal de la razón no rige la igualdad sino un sistema de estamentos. Y no impugnamos la diferencia entre estudiantes y profesores – acaso ineludible –, sino la perenne condición de estudiantes en condición de inferioridad que tiende a expandirse. Porque ya no se trata de que los estudiantes lo sean por un lapso de cuatro o cinco años formativos, para luego lograr plena independencia y hablar como pares entre pares. La situación es bien distinta. Luego de obtenido el título de grado hay que seguir estudiando bajo supervisión: la especialización primero, la maestría luego, el doctorado después...ahora ya se han inventado los pos-doctorados...y vaya uno a saber lo que serán capaces de inventar con tal de tenernos estudiando hasta los 80 años; y pagando, claro, porque aquí no hay educación pública que valga: todo se paga. Cada tesis que uno escriba, cada proyecto del que forme parte, estará irremediabilmente dirigido por un superior. Un superior que en ocasiones no tendrá ni idea de qué se trata la cosa y que rara vez hará un aporte real, pero que tendrá que estar allí por requisitos burocráticos. Así se crea un hábito de interminable inferioridad y subordinación – sin valor – en unos, y de estéril arrogancia en otros – porque ser Doctor o titular de una cátedra son cosas que dan “chapa” –.

Otro mal endémico es la ultra especialización. Gente que cada vez sabe más de cada vez menos. Pero esto no es lo peor. Lo peor es que ya ni siquiera es claro que la especialización favorezca un acrecentamiento del conocimiento, si bien parcial. Más bien parece aumentar la ignorancia. Síntoma de esto es la manera en la que se forma a los estudiantes y futuros

investigadores: todo el énfasis está en la correcta comprensión de los textos, en la habilidad para repetir citas y más citas que muchas veces carecen de sentido. Se entrena en la repetición, no en el pensamiento creativo o crítico. Las teorías más críticas son repetidas sin un atisbo de cuestionamiento, sin el menor interrogante. Y esto hace que las cosas pierdan sentido. Así por ejemplo, aunque desde el mismísimo ingreso los estudiantes escucharán hablar de hipótesis, lo cierto es que muchos profesores e investigadores parecen incapaces de reconocer una hipótesis de tenerla delante, así como de formular una hipótesis auténtica de tener que hacerlo. Los mecanismos de la repetición se hallan tan extendidos que hoy resulta perfectamente normal publicar textos no sólo carentes de hipótesis, sino también de descripciones novedosas. Basta con tomar un marco teórico prestado – la elaboración de marcos teóricos es una tarea sólo abordable por “eminencias”, si extranjeras mejor, que ya han hecho su carrera – y aplicarlo a un objeto: “según la definición de pirulo por parte de Perengano, vemos que en Chuchulandía se constata la existencia de pirulos”. Esta tarea no es incorrecta en sí misma, y en los casos en que los conceptos en cuestión sean complejos puede demandar un gran esfuerzo. Pero ante conceptos simples no es más que un ejercicio escolar, al estilo: “subraye el sujeto y el predicado de la siguiente oración”. No vamos a negar la utilidad de ejercicios como éste. Pero lo que nos parece inaceptable es que los mismos sean presentados como investigaciones científicas y publicadas en revistas académicas. Pero esto último, tristemente, ocurre.

Para hacer carrera el que está empezando necesita un Padrino o bien una Madrina, y los que ya han avanzado necesitan apadrinar o amadrinar. Cuantas más tesis se haya dirigido, más proyectos integrados, más papers publicados, a más congresos asistidos, tanto más se avanzará en la carrera. Las relaciones personales, el toma y daca, el intercambio de favores, terminan pesando más, mucho más, que la discusión intelectual genuina.

Como hay que publicar para existir, quienes se embarcan en la carrera académica terminan muchas veces siendo escritores para eventos: congresos, coloquios y – sólo para los popes – conferencias. Y en los eventos académicos, como en cualquier otro evento – un té canasta, un desfile de modas, una cena a beneficio –, la etiqueta, la presencia, los buenos modales y las apariencias cuentan más que las ideas. No sorprende, pues, que se redacten ponencias y papers a plazo fijo, siguiendo el cronograma de los congresos. Los temas y las fechas de los congresos – junto a los

fondos de la financiación – terminan organizando la agenda intelectual. Por otra parte, la necesidad de acrecentar curriculums lleva a publicar sin parar mini textos de no más de quince páginas, en los que se repite, además, innumerables veces los mismos párrafos. Recortar y pegar se ha convertido en el *súmmum* de la sapiencia doctoral.

¡Y para qué vamos a hablar del estilo! No podrá encontrarse escrito más aburrido, lenguaje más anodino, mayor ausencia de individualidad ni muestra más clara de conformismo que leyendo actas de Congreso. ¡Una lectura suplicante! En bien de la ecología deberían dejar de publicar esas cosas.

Que no se nos malinterprete. No estamos cuestionando a la academia per se. La mayoría de nosotros terminó graduándose en alguna universidad, e incluso trabajamos en alguna de sus sedes; y aún creemos que es posible hacer de esos lugares quizá no verdaderas usinas de conocimiento crítico, político y comprometido, pero sí al menos un sitio en el que la crítica radical no esté tan ausente y arrinconada. Pero para que ésta posibilidad tenga algún viso de realidad es necesario cuestionar la lógica hegemónica dentro del mundo académico: acrítica, jerarquizada, autocomplaciente, carente en buen grado de auténtica pasión por el conocimiento, por el desinterés de construir nuevos saberes y privilegiar frente a esto el cartón con el sello redondo o las dos líneas que incrementen el volumen del currículum.

No sería correcto, desde luego, hacer a un lado los problemas presupuestarios que afectan a las universidades nacionales, desmerecer su autonomía, o criticarlas fuera de contexto. La educación universitaria pública es un logro que ninguna política de izquierdas podría desmerecer. Pero esto no significa, o no debería significar, silenciar sus deficiencias.

En un contexto como el descrito, los investigadores que mantenemos vínculos con organizaciones o movimientos políticos o sociales nos hallamos en una difícil situación. Para una academia volcada hacia sí misma la militancia política es distracción, y es cierto que en un ámbito cada vez más competitivo, el reparto del tiempo entre actividades académicas y no académicas tiende a generar “desventajas adaptativas” para quienes buscan mantener compromisos múltiples. Esto está generando una cierta tendencia a la “academización” de muchas actividades políticas; lo cual por un costado facilita o motiva la participación de intelectuales

académicos, pero por el otro traslada al campo político muchas prácticas académicas de manera no cuestionada. Así por ejemplo, se reproducen modelos en los que se atribuye al saber universitario, por su sólo carácter de tal, legitimidad cognitiva.

Una tendencia particularmente problemática consiste en la generalización de estudios no problemáticos de los movimientos sociales. Usualmente, el investigador o la investigadora que se interesa por tales movimientos mantienen una explícita simpatía por los mismos, al tiempo que inserta su actividad intelectual en un contexto académico. Esto redundaría en que los estudios adoptan una forma acotada, generalmente como estudios de caso, fácilmente enmarcables en alguna disciplina académica y en algún programa de investigación. Esto no tiene en sí mismo nada de reprochable. Pero algo debería movilizar a la reflexión cuando se constata que los estudios académicos sobre movimientos sociales – hiperabundantes en la actualidad – rara vez influyen sobre las representaciones y prácticas de esos movimientos, no hablemos ya de modificarlas. Se reproduce una situación que podríamos considerar como de “satisfacción multilateral”: los miembros de los movimientos sociales se sienten reconocidos al saberse objeto de investigación universitaria, los investigadores sienten que han contribuido a difundir una buena causa sin dejar de cumplir con sus obligaciones profesionales, las autoridades universitarias se complacen mostrando la amplitud del sistema. ¡Todo el mundo contento! ¿Pero no es esto mismo lo que debería despertar sospechas? ¿No debería ser la incomodidad, incluso la auto-incomodidad, una característica irrenunciable del pensamiento crítico? Lejos de propiciar procesos de autor-reflexión, de forzar a revisar las prácticas, de visibilizar problemáticas ocultas, los estudios académicos sobre movimientos sociales suelen tener un muy escaso proceso de ida y vuelta con los movimientos investigados. Desde luego que hay excepciones, e incluso grupos que procuran una fuerte interacción entre investigadores e investigados tendiente a modificar a ambos. Pero son los menos. De hecho es notoria la ausencia casi total de publicaciones en las que se indague minuciosamente y problemáticamente en la vida interna de los movimientos sociales. Desde luego que es este un campo difícil para el investigador: los actores rara vez son locuaces a la hora de hablar de la “interna”. Pero ello no es excusa para dejar en las sombras esa dimensión. Sobre todo cuando se da el caso -bastante frecuente- de que el investigador conoce personal

y bastante íntimamente la vida de las organizaciones que trata: como militante sabe muchas cosas que como investigador deja en las sombras.

Ante esto se podría alegar razones políticas y hasta de “seguridad” para omitir ciertas cuestiones. Sin embargo, estimo que mucho de lo que queda oscurecido lo es innecesariamente. Y en todo caso habría que revisar por qué hay cosas de las que no se puede hablar o en las que no se debe profundizar. Mi convencimiento es que en la mayoría de las cuestiones el silencio no es salud: después de todo se trata casi siempre de movimientos que operan a la luz pública, no en la clandestinidad, y concentrados en acciones que rara vez son abiertamente ilegales.

Investigar un movimiento contemporáneo, especialmente si uno es historiador, implica exponerse a una crítica tan antigua como insulsa, pero que se resiste a desaparecer: que se carece de distanciamiento emocional, condición supuestamente necesaria para el estudio objetivo. Según esta vetusta concepción, ser neutral es un atributo indispensable para ser objetivo. Aunque esta muletilla ha sido repetida hasta el hartazgo, se funda en una confusión bastante elemental. Porque objetividad se contrapone a subjetividad, mientras que el antónimo de ser neutral es tomar partido. Así pues, resulta perfectamente lógico y perfectamente posible ser a la vez parcial y objetivo. Pero que esta combinación sea posible no significa que sea sencilla. Entre los estudios de los movimientos sociales contemporáneos – piqueteros, fábricas recuperadas, Foro Social Mundial, Feminismos, etc. – prevalecen los enfoques sociológicos. O mejor, de mala sociología: investigaciones más o menos detalladas, más o menos rigurosas, pero casi invariablemente carentes de perspectiva histórica. Y es ciertamente notorio que esta falta de perspectiva afecte recurrentemente a los propios historiadores. Parece haber dos determinantes político-ideológicos que explican, al menos parcialmente, esta deriva. Por un lado la lógica cultural del capitalismo tardío, con su permanente y obsesiva búsqueda de la novedad; por el otro el entusiasmo militante, que busca en cualquier actor social lanzado a la lucha una muestra del renacer del combate anticapitalista. Y ambos se complementan. Si el primero impulsa a la búsqueda de lo nuevo; el segundo rehúye la indagación de las continuidades del pasado como un subterfugio para evitar afrontar las dificultades teóricas y prácticas de la lucha anti-sistémica, antaño insal-

vadas. De tal suerte, dos formas diferentes de a-historicidad señorean entre las actuales investigaciones sobre los movimientos y la protesta social: la de aquellos que son incapaces de reconocer continuidades entre lo nuevo y lo viejo, y la de aquellos que no pueden ver lo nuevo más que bajo el prisma de lo viejo. Las interpretaciones de jornadas de diciembre de 2001 y el surgimiento de las asambleas populares son una muestra acabada de lo que venimos diciendo: hubo quien las vio como un levantamiento “clásico” con incipientes formas “sovietistas”; y hubo quien vio allí la emergencia de la “multitud”.

En varias intervenciones Maristella Svampa ha indicado que, en torno a los nuevos movimientos sociales y a las experiencias colectivas que los mismos habilitan, estaría emergiendo un nuevo tipo de intelectual, que ya no respondería a los patrones tradicionales ni del “intelectual orgánico” ni del “académico puro” (Svampa, 2008). Svampa denomina “intelectuales anfibios” a quienes desarrollan este tipo de práctica intelectual; queriendo con ello destacar su capacidad para moverse con cierta comodidad en dos mundos distintos – el académico y el de los movimientos sociales –, respetando las reglas propias de cada uno. A diferencia de los investigadores académicos – alejados de los movimientos sociales, a los que, en el mejor de los casos, se acercan indirecta y distanciadamente tomándolos como un objeto de estudio como cualquier otro, sin involucrarse en su vida interna – los “intelectuales anfibios” asumen un compromiso con sus “objetos”: participan de su vida, comparten sus anhelos, pueden incluso ser miembros de ellos. Pero a diferencia del prototipo tradicional del “intelectual orgánico”, desarrollan su actividad intelectual dentro y no fuera del mundo académico; lo cual determina que sus investigaciones sigan hasta cierto punto las reglas de la academia.

Aunque a esta tipología se le podrían hacer innumerables críticas, tiene la enorme virtud de colocar el dedo en un nervio esencial. Por supuesto que, estrictamente, no se podría colocar a todos los “académicos” en la misma bolsa, como si indiferenciadamente hubieran actuado e investigado con pautas comunes. Del mismo modo, ha habido especímenes muy diversos de “intelectuales orgánicos”. Y más aún: si se rastrea con cuidado se podrá hallar en el pasado una gran cantidad de figuras que responderían perfectamente el modelo de “intelectual anfibio”, lo cual invalidaría su supuesta novedad. Sin embargo, un rastillaje de este tipo,

con todas las virtudes de su sutileza, terminaría destruyendo un fruto fundamental: que como descripción de tendencias generales la distinción de Svampa – con todo lo impugnable que pueda ser en los detalles – parece acertada. Efectivamente, algo está cambiando en el mundo intelectual. Esos cambios no son tan espectaculares ni carecen de precedentes, como piensan muchos entusiastas, ni son completamente nulidades o “más de lo mismo”, como afirman muchos críticos conservadores de derechas y de izquierdas. Pensar la emergencia de esta nueva intelectualidad anfibia parece fundamental. Muchos de nosotros somos, si se quiere, intelectuales anfibios. Pero no se trata de hallar un refugio seguro político-intelectual, de instalarse en la comodidad de una nueva certeza. De lo que se trata es de pensar en toda su complejidad nuestro lugar en esos mundos tan distantes y tan cercanos en los que nos movemos: los movimientos sociales y la academia.

Para comenzar, cabe señalar que la capacidad para desenvolverse en dos mundos tan diferentes fácilmente puede desembocar en esquizofrenia. Ciertamente no son pocos los casos de quienes dicen y escriben ciertas cosas cuando lo hacen para la organización en la que militan, y otras muy distintas las que presentan en los encuentros académicos. Y no se trata de temáticas diversas –ante lo cual nada habría para reprochar– sino de discursos divergentes sobre los mismos temas o sobre temas semejantes. El viejo pero no por ello menos vigente interrogante por las formas que debe adoptar el compromiso intelectual cobra aquí toda su dimensión. Campo problemático, por cierto, y que eternamente coloca a los intelectuales de izquierda ante la disyuntiva de pensar con rigor, claridad y profundidad, aunque las conclusiones a las que arriban no sean las más entusiastas desde una perspectiva militante; o auto-imponerse como tarea aportar ánimos a los combatientes, apuntalar la organización, cerrar filas, derrochar optimismo. En fin, lo que está en juego es si la tarea de los intelectuales de izquierda es denunciar los males del sistema mientras se ensalza a cualquier precio a quienes lo combaten; o si la tarea consiste no sólo en ser críticos de las clases dominantes y del capitalismo, sino también autocríticos.

Miguel Mazzeo ha señalado críticamente que la idea de intelectual anfibio puede ocultar que, “ante la relativa marginalidad de las praxis intelectuales críticas y radicales significativas, la academia termina siendo

para muchos intelectuales el único pragmatismo aceptable”, y que tal pragmatismo “no se combina bien con las pasiones, con la fe y mucho menos con la cooperación y la obra colectiva” (Mazzeo, 2009: 50). Y es así, indudablemente.

Una intelectualidad que se pretenda revolucionaria debería avanzar en una crítica radical – pero seria, responsable y meditada – de las instituciones académicas hoy existentes y de sus prácticas dominantes. Debería reflexionar también sobre las posibles vías de modificación de estas estructuras y de estas prácticas, y elaborar diseños alternativos. Por ejemplo, la actual división disciplinar y los remedos a los que ha dado lugar: inter, multi y trans-disciplinariedad, ¿no debería ser impugnada en nombre de una única ciencia histórico-social? Los cambios en las formas dominantes de producción académica – que han hecho que en los últimos años se expandieran las ponencias, los artículos breves y las compilaciones en desmedro de los libros propiamente dichos –, ¿deben ser aceptados como un horizonte irrebalsable o cuestionados desde otra concepción del hacer intelectual? La necesidad frenética de publicación, ¿debe ser considerada como un simple mecanismo que influye en las posibilidades individuales dentro de la carrera académica, o como una práctica que condiciona la forma y el contenido de la propia actividad intelectual – y no meramente la suerte profesional de sus agentes–? La jerarquía de cargos hoy existente, ¿tiene que seguir siendo aceptada y convalidada o impugnada en nombre otra estructuración posible?

Estas son preguntas, nada más. Pero preguntas que deberían constituir parte de la agenda de los intelectuales militantes. Porque una política anti-sistémica debería incluir, también, un proyecto académico alternativo y un alternativo quehacer intelectual.

Bibliografía

Svampa, Maristella (2008). Cambio de época. Buenos Aires: CLACSO – Siglo XXI.
Mazzeo, Miguel (2009). “Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual”. Revista Nuevo Topo, 6. Buenos Aires.